

el desenvolvimiento y manifestacion del alma de esta Isabel, cuya fugaz existencia no ha sido mas que una dilatada y celestial infancia, una constante obediencia á aquella palabra que el Señor dijo cuando trajo á sí un pequeño niño, y colocándole en medio de sus discípulos exclamó: *En verdad os digo, que si no os volviéreis é hiciéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos*<sup>1</sup>.

### CAPÍTULO IX.

*De la gran devocion y humildad de la amada santa Isabel.*

Mittet radicem deorsum, et faciet fructum sursum.

(IV Reg. xix, 30).

Escole fu de bones mors,  
Essemble fu de penitence,  
El droit miraouers d'innocence.  
(Rutebeuf, Mss.).

Isabel no podia en manera alguna practicar la virtud del amor del prójimo con abnegacion tan sobrehumana sin que su corazon estuviera inundado y dominado

<sup>1</sup> Matth. xviii, 3.

por el amor de Dios; ni sin amar á Dios sobre todas las cosas pudiera amar á sus hermanos tanto y mas que á sí misma. Hé aquí por qué la vemos hacer cada dia nuevos progresos en esta sublime ciencia; enriquecerse de continuo con los tesoros de la humildad, que habia sido la primera compañera de su infancia, y ahora crece y se desarrolla en su alma ocupando toda entera aquella santa vivienda, donde Isabel *se encuentra á las mil maravillas*, segun la expresion de uno de sus poéticos biógrafos: hé aquí por qué de dia en dia con el auxilio de esta amiga divina aprende cada vez mejor á domar los últimos restos de la tierra que en su corazon existen; de forma que á despecho de su tierna juventud, de los deberes de su estado, y de las distracciones de su clase, habia llegado ya á un grado de reposo y confianza en Dios, cual pudiera encontrarse en los Santos mas ilustres.

Para llegar á tan alto estado y para mantenerse en él, ninguna cosa la habia ayudado con mas eficacia y constancia que la guarda escrupulosa de los mandamientos de la Iglesia y la frecuencia de los Sacramentos que á sus hijos ofrece esta madre



inagotable en sus beneficios y bondades. Comprendiendo con toda la inteligencia de la fe el indecible precio de estos tesoros, Isabel comulgaba á menudo, pero siempre llena su alma de temor y respeto: asistia á los oficios divinos con una reverencia respetuosa y amante, y con tan sin par diligencia, que no bien oia tocar la campana de la iglesia, iba como volando á ella poniendo su empeño en llegar antes que su servidumbre; y una vez llegada allí, hacia á hurtadillas multitud de genuflexiones acompañadas de fervorosas jaculatorias á modo de secretas confianzas á su Padre celestial.

Durante la misa procuraba con actos de externa humildad dar á conocer la profunda gratitud que infundia en su alma el sacrificio siempre renovado de la inocente y soberana Víctima. Ya que por miramientos á la presencia de su esposo, y por no chocar con el público, no le fuese posible despojarse del rico vestido correspondiente á su elevada jerarquía, hacia de modo que la humildad de su corazon se manifestara en la modestia y compostura de su continente y ademanes, y en el puntual despojarse de todos aquellos objetos de adorno que, sin

llamar la atencion, podia quitar de su persona y depositar al pié del altar, como la corona ducal, el collar, los brazaletes, los anillos y los guantes; demostracion que reservaba en especial para la lectura del Evangelio y el tiempo de la consagracion y comunión. Sucedió, pues, un dia, que durante el cánon de la misa, mientras oraba fervorosamente con las manos plegadas en cruz y ocultas bajo el manto, alzado el velo para poder mejor contemplar la santa hostia, viósele de improviso rodeada de una luz milagrosa. El celebrante, hombre de fama y vida sumamente santa, vió, al consagrar, que el rostro de la Duquesa despedia tan gran resplandor que le dejó deslumbrado; y hasta que hubo sumido no cesó de envolverle aquella luz que nacia de en derredor de la Duquesa cual si estuviera en presencia de un sol despejado y brillante. Lleno de sorpresa con tal prodigio, que despues refirió á varias personas, dió gracias al Señor por haberse dignado revelar por medio de aquella visible y maravillosa luz la luz interior de aquella santa alma.

Era ejemplar su solicitud en observar los preceptos y las festividades de la Iglesia; y á pesar de no obligarla á ello todavía la



edad, guardaba rigurosamente la Cuaresma, tiempo en el cual redoblaba tambien su fervor en la oracion y las limosnas. Pero no hay palabras para expresar el fervor, la piadosa veneracion y amor con que celebraba aquellos sagrados dias en que la Iglesia recuerda á los fieles por medio de tier-nas y significativas ceremonias el misterio doloroso é inefable de nuestra redencion. El dia de Jueves Santo, á imitacion del Rey de los reyes, que en igual dia levantándose de la mesa se quitó sus vestiduras, la hija de los reyes de Hungría, despojándose de todo cuanto pudiera recordarle las pompas mundanas, tomaba el traje ordinario de los pobres mendigos, y calzada con una especie de borceguíes que, segun parece, era peculiar de la clase infeliz, salia á visitar á pié los santos sagrarios. En el mismo dia lavaba los piés á doce pobres, ó á doce leprosos, y daba despues á cada uno de ellos doce monedas de plata, un vestido de paño, y un pan blanco.

La noche del Jueves al Viernes Santo la pasaba entera en oracion contemplando la Pasion de Nuestro Señor; y en cuanto despuntaba la aurora del dia conmemorativo de la consumacion del sacrificio divino, de-

cia á sus doncellas: «Hoy es dia de humi-llacion para todos; omitid toda considera-cion y respeto para conmigo.» Vestida como en el dia anterior, y siguiendo en todo la costumbre de las mujeres pobres del país, proveíase de algunos pequeños lios de lienzo burdo, un poco de incienso y unas cerillas; y luego confundida entre el gen-tio visitaba á piés descalzos todas las igle-sias, postrándose delante de todos los alta-res y dejando en cada uno de ellos una cerilla, incienso y uno de los lios de lien-zo. Acabada en cada iglesia esta visita de los altares, salia á la calle y repartia á los pobres abundantes limosnas; pero como nadie la conocia en aquel traje, la estruja-ban y pisoteaban en medio de las apreturas como á cualquiera otra mujer del vulgo.

Algunas personas de la corte la moteja-ban por lo mezquino de las ofrendas tratán-dose de dias tan solemnes y de una prince-sa que debiera aprovechar la ocasion de dar ejemplo de munificencia; pero el instinto de su corazon la decia que el obsequio me-jor en tal dia era el de la humildad con preferencia á toda otra virtud. De esta ma-nera, violentando su natural generosidad, podia con mas holgura confundirse con los



pequeñuelos y humildes y ofrecer este sacrificio de un corazón contrito y humillado, que nunca despreciará Dios según lo tiene prometido.

En la festividad de las Rogativas, que por este tiempo era estilo celebrar con mundanos regocijos y principalmente con gran lujo en el vestir y los adornos, la joven Duquesa acompañaba siempre la procesion, vestida de paño burdo y con los pies descalzos. Durante el sermón tomaba sitio entre los pobres mas desarrapados, y del mismo modo andaba tras la procesion por la campiña, acompañando las reliquias de los Santos y la cruz del Salvador; pues, como dice uno de sus contemporáneos, toda su gloria la cifraba en la cruz y Pasión de Cristo, teniendo al mundo crucificado para ella y á ella para el mundo.

Dios, que se llama á sí mismo el Dios celoso, no podía permitir que en el corazón de su sierva fiel entrase á dominar, ni por momentos, afecto ni pensamiento alguno puramente mundano, por legítimo que fuera su objeto. Á propósito de esto trae el capellan Bertoldo un rasgo que despues han repetido todos los historiadores; rasgo que demuestra hasta qué punto Isabel y su es-

posó llevaban estos escrúpulos que son como el perfume que exhalan las almas escogidas. Habíanse sangrado ambos esposos á un mismo tiempo; y, según la costumbre de aquella época, el Duque dió por espacio de muchos días lujosas fiestas y regocijos, á que fueron convidados los caballeros del contorno <sup>1</sup>. Asistiendo todos ellos en uno de estos días á la misa solemne que se celebraba en la iglesia de San Jorge de Eisenach, la Duquesa, olvidándose de la santidad del sacrificio, fijó los ojos y el pensamiento en su amado esposo que se hallaba junto á ella, y estuvo mirándole largo rato, entregada al gusto de contemplar aquella belleza y amabilidad que le hacian el ídolo de todos cuantos le trataban. Mas cuando al tiempo de la consagracion vol-

<sup>1</sup> Herm. Fritz.—En la edad media el sangrarse una persona era un acontecimiento importante y solemne. Cuando la operacion salia bien se daban gracias á Dios y un convite á los amigos. Los príncipes y señores daban con este motivo fiestas suntuosas. En cuanto á los esposos y novios, era ocasion de un estilo muy tierno. El prometido iba á casa de su amada á pedirle buena sangre, y ella besaba y bendecía la cisura. El bienaventurado Enrique Suson pedia á la bienaventurada Virgen esta buena sangre. (Véase su Vida, edic. de Diepenbrock).



vió en sí misma de aquel embelesamiento, dióle á entender el divino Esposo de su alma cuánto le habia desagradado esta distraccion puramente humana; pues cuando el sacerdote alzó la sagrada hostia para que el concurso la adorase, Isabel vió entre las manos del celebrante, en vez de la hostia, al Señor crucificado, con todas sus llagas abiertas y brotando sangre. Conster-nada con tal espectáculo, reconoció al punto su falta, y postrándose con el rostro pegado al suelo é inundado de lágrimas pidió ante el altar á Dios el perdon de su culpa; quedándose en esta misma postura hasta la hora de comer, en lo cual no reparó el Duque; pues habituado á verla engolfada en sus meditaciones, salió del templo con su comitiva luego de acabada la misa. Pero estando ya la mesa dispuesta para los convidados, y no osando nadie interrumpir la oracion de la Duquesa, fuese allá el mismo Duque y la dijo con dulzura: «¿Por qué «no vienes á comer, querida hermana, y «nos haces esperar tanto tiempo?» Ella oyendo la voz de su esposo alzó la cabeza y le miró sin pronunciar una palabra; pero viendo el Duque que tenia los ojos como ensangrentados de tanto y tan fuerte llo-

rar, dijo muy turbado: «¿Cómo y por qué «lloraste tanto, cara hermana mia?» Y arrodillándose entonces junto á ella y sabida la causa de aquel llanto, él tambien rompió á llorar con su esposa, hasta que pasado un rato se levantó y le dijo: «Espere-«mos en Dios; yo te ayudaré á llorar tu fal-«ta y á que te hagas mejor aun de lo que «eres.» Pero viendo que en aquel estado de profundo abatimiento era imposible que se presentara en medio de la corte, el Duque enjugándose las lágrimas volvióse con los huéspedes y la corte, mientras la Duquesa proseguia derramando lágrimas por su falta.

Habia, pues, recibido del cielo esta jóven y piadosa Princesa el *don de lágrimas*<sup>1</sup>, de esas lágrimas dulces y refrigerantes que revelan en el fondo del alma la presencia de un tesoro inagotable de gracias y consue-los celestiales. De estas lágrimas, dicen las compañeras de la vida de Isabel, que por abundantes que fueran en nada alteraban la belleza y serenidad de aquel rostro. Por lo demás no era esta una gracia peculiar suya: éralo de todo su siglo, y de todo el pueblo católico de aquellos dichosos tiem-

<sup>1</sup> Habebat gratiam lacrymarum. (*Diet. IV Ancill.*).



pos, como una consecuencia de la sencilla y fervorosa fe que en ellos reinaba. La virtud de este don de lágrimas y su inestimable valor conocíanlo muy bien aquellas fervorosas generaciones que tributaban culto tan tierno á la divina lágrima que Jesús dejó caer sobre el sepulcro de su amigo <sup>1</sup>. Lágrimas hallamos siempre en el fondo de toda la poesía <sup>2</sup> y de toda la piedad de los hombres de la edad media. Esta *sangre del alma*, como decia san Agustin, esta *agua del corazon*, como la llaman nuestros antiguos cancioneros <sup>3</sup>, brotaba á raudales de los ojos; siendo en cierto modo para las al-

<sup>1</sup> En la hermosa iglesia de la Trinidad de Vendoma se ve todavía el altar donde se veneraba la *santa Lágrima*; es decir, una de las que Jesús derramó sobre el sepulcro de Lázaro (*et lacrymatus est Iesus*. Ioan. xi, 35), con esta inscripción: «Ad «bustum amicus flens Christus olim dedit testem «hanc amorisque et doloris lacrymam.» El ilustre Mabillon ha publicado un tratado especial para defender la autenticidad de esta santa reliquia, que ha sido negada por Thiers, escritor casi olvidado hoy, gracias al cielo, pero cuya influencia ha sido muy funesta.

<sup>2</sup> Véase la obra *Contes de Grimm, la Leyenda de santa Catalina y del caballero*, etc., etc.

<sup>3</sup> Vide *Berthe aux grands pieds*;—París, edic. de Mr. Paulin.

mas sencillas y piadosas una fórmula de oración, un culto íntimo y expresivo á la vez <sup>1</sup>, una tierna y silenciosa ofrenda que les asociaba á todos los dolores, á todos los méritos de Jesucristo y de sus Santos, á todos los homenajes de la Iglesia. Á imitación del beato Domingo del Paraíso, unos lavaban con lágrimas las manchas del alma; otros, como santa Odila, expiaban con lágrimas los pecados de las personas á quienes habían amado en este mundo <sup>2</sup>: recogidas por Ángeles, que las llevaban á los piés del Padre de las misericordias, eran contadas por él como un don precioso de arrepentimiento y amor santo <sup>3</sup>.

La dulzura y poder de las lágrimas no

<sup>1</sup> Dabat pro cantu lacrymas plebs ignara canendi. (*S. Bernard. oper.*, edit. Mabill. t. II).

<sup>2</sup> Ella rescató el alma de su padre, llorando cinco días con sus noches sin cesar hasta casi quedarse ciega. Por esto es abogada contra los males de ojos. En Alsacia se enseña aun sobre el monte Santa-Odila la capilla de las Lágrimas, donde ella hizo este sacrificio; y una fuente cuya agua, eficazísima contra el mal de ojos, vienen los peregrinos á buscar desde lejanas tierras.

<sup>3</sup> Lloraba un día en la iglesia cierta pobre mujer sus culpas y pecados: el obispo que estaba en el altar vió una paloma que venia á recoger sus lágrimas y las llevaba al cielo. (*Grimm*, t. III).



solamente eran sentidos por el pueblo ignorante y por flacas mujeres; ábrase á la ventura cualquier historiador de estos siglos, y se verá á cada página que príncipes, reyes, caballeros, ejércitos enteros se entregaban á la expansion del llanto involuntario y sincero. Todos estos hombres de hierro, todos estos invencibles paladines albergaban en sus pechos un corazon tierno y cándido como el de un niño, porque no estaban enseñados á ajar la inocencia de los sentimientos naturales ni avergonzarse de ellos. Estos hombres no habian resecado ni helado en sus almas el manantial de las emociones sencillas, puras y fuertes, de ese rocío divino que fecunda y embellece la vida. ¿Quién no recuerda los sollozos y lágrimas inmortales de Godofredo y de los primeros cruzados á la vista de aquel sepulcro de Cristo conquistado por ellos á fuerza de prodigiosas hazañas y pruebas tan duras? Mas tarde, en presencia de Jerusalen, á quien no puede salvar del yugo de los infieles, Ricardo Corazon de Leon llora amargamente <sup>1</sup>; y el confesor de san

<sup>1</sup> Joinville. Véase tambien la admirable escena de los cruzados y venecianos en 1204, referida por Villehardouin.

Luis cuenta de su régio penitente que «cuando oia estas palabras de la letanía, *«Benignísimo Dios y Señor, dignaos darnos una fuente de lágrimas* <sup>1</sup>, el santo Rey decía devotamente: ¡Oh Señor Dios! no me atrevo á pedir os fuente de lágrimas; bástame unas gotitas de lágrimas para rociar este corazon tan seco... Y en conversacion particular refirió á su confesor que en ocasiones le dió el Señor lágrimas en la oracion; las que sintiendo correr dulcemente por las mejillas y caerle en la boca, percibia un sabor dulce no solo en el corazon sino aun en el paladar <sup>2</sup>.»

<sup>1</sup> En las antiguas letanias, desde el siglo IX para adelante, y en las del Breviario parisiense, hay el verso siguiente: *Ut compunctionem cordis fontemque lacrymarum nobis dones, te rogamus, etc.*

<sup>2</sup> El confesor, ap. Michelet, *Hist. de Francia*. El Breviario franciscano, en el oficio de san Luis, elogia tambien su asiduidad en las lágrimas: *lacrymarum assiduitas*.



CAPÍTULO X.

*Como la amada santa Isabel fue conocida y amada por el glorioso san Francisco, y como tomó por confesor al maestro Conrado de Marbourg.*

De paupertatis horreo  
Sanctus Franciscus satiat  
Turbam Christi famelicam,  
In via ne deficiat;  
Iter pandit ad gloriam  
Et vitæ viam ampliât.  
Pro paupertatis copia  
Regnat dives in patria,  
Reges sibi substituens,  
Quos hic ditat inopia.

(*Breviario franciscano*).

Lo que llevamos ya referido acerca de Isabel, basta sin duda para hacer comprender la especie de parentesco que mediaba entre su alma y la de aquel glorioso pobre de Cristo que iluminaba entonces la Italia con los rayos de su poder milagroso. No quiso Dios que esta interior alianza quedase ignorada y estéril; dispuso por el contrario que fuese fecunda en consuelos para su fiel sierva, y en bendiciones para toda la querida Alemania. Ya en su vida exte-

rior se notaba una singular analogía. En el mismo año 1207, en que Isabel vió la luz en el seno de las grandezas del soberano de Hungría, renació también para Dios san Francisco de Asís; en el momento en que la hija de un rey poderoso y nieta de Carlomagno venía al mundo rodeada del brillo y esplendor del trono, el hijo del mercader Bernardon renunciaba su pobre legítima por amor de Dios, así como su honra y su familia; azotado y preso por su propio padre; sacado del encierro por el amor de su madre; cubierto de lodo y silbidos por sus conciudadanos, se despoja del último de sus vestidos y corre desnudo y solo á la conquista del mundo. No habia necesitado Isabel de este segundo nacimiento; pues el cielo la habia preparado de todo punto desde los principios de su vida, y desde la cuna habia hecho ya de aquel corazón un terreno fértil y puro para aquellas semillas de fuerza y de vida que la mano de Francisco iba á esparcir por todo el mundo cristiano, y de las cuales queria Dios que fuese una de las primeras y mas ilustres depositarias.

No nos corresponde referir aquí la maravillosa historia de los triunfos de san Fran-